

El amor y la bola de cristal de Facebook

José Gordon

De que trae sorpresas es indudable. De pronto, una novia o un novio de quienes nunca creímos volver a saber, reaparecen de las cenizas del pasado y nos dejan un mensaje en Facebook. ¿Se volverá a encender la relación? ¿Se puede predecir quién es nuestra pareja y si vamos a continuar con ella mediante la información que dejamos en las redes sociales?

Ésta es la tarea que trataron de investigar Jon Kleinberg, un científico de la computación en la Universidad de Cornell, y Lars Backstrom, un ingeniero en jefe de Facebook. Kleinberg es reconocido en los círculos académicos por sus estudios sobre la información que fluye en la Red. Su trabajo puso al día los famosos experimentos de Stanley Milgram realizados en los años sesenta sobre el “fenómeno del mundo chiquito”. Milgram le pidió a un grupo conjuntado al azar en la ciudad de Omaha que enviara una carta a un conocido cercano, con el propósito de localizar a un determinado corredor de bolsa de Massachusetts. Se trataba de hacer una cadena hasta alcanzar al destinatario. Al seguirle la pista a las cartas, Milgram formuló la teoría de los “seis grados de separación”: dos personas, que no tienen contacto entre sí en el planeta, están conectadas por una red de cinco o incluso menos conocidos mutuos.

Kleinberg actualizó estos estudios desde su computadora al explorar los datos de cinco millones de miembros que bloguean en la red social de Internet llamada *Live Journal*. Los estudios de Kleinberg se especializan en formular algoritmos (un conjunto ordenado de instrucciones sistemáticas que permite hallar la solución de un problema específico). En cómputo esto permite realizar las búsquedas de Internet de la manera más rápida y eficaz. De he-



cho, Kleinberg desarrolló un algoritmo llamado HITS que es una alternativa no patentada al algoritmo del PageRank de Google, que permite asignar de forma numérica la relevancia de los documentos (o páginas web) indexados por un motor de búsqueda.

En los estudios que realizó recientemente junto con Backstrom, su laboratorio fueron los datos de 1.3 millones de usuarios de Facebook (utilizados de manera anónima), seleccionados al azar entre personas que tenían que cumplir las siguientes condiciones: por lo menos tener 20 años; contar con amigos dentro de esa red, desde 50 hasta 2,000; y debían consignar en su perfil que tienen pareja, ya sea matrimonial o no.

Steve Lohr, en *The New York Times*, plantea que esto implica el análisis de conexiones sociales que se aproximan a 379 millones de nodos y 8.6 miles de millones de vínculos. Lohr señala que el hallazgo principal fue que el número total de amigos mutuos que comparte la pareja no es un buen indicador del grado de conexión amorosa que vive. El factor clave se relaciona más bien con la diversidad de mundos de los

componentes de la pareja. Ello fue medido a través de un parámetro que los investigadores denominaron dispersión, que evalúa tanto el grado de amigos mutuos como a los amigos lejanos de su “barrio” de la Red. Dice Lohr: “La dispersión alta ocurre cuando los amigos mutuos de la pareja no están bien conectados entre sí”.

De esta manera, el algoritmo de la dispersión pudo identificar correctamente a la pareja del usuario 60 por ciento de las veces. Esto es un poco mejor que un volado. Un dato intrigante de esta nebulosa bola de cristal es que cuando el algoritmo falla parece que la relación está a punto de tronar. Dice Lohr: “Una pareja que tiene una relación declarada en Facebook —sin alta dispersión en el sitio— tiene 50 por ciento más de probabilidades de romper en los siguientes dos meses, en comparación con una pareja con alta dispersión”.

Cabe destacar que los datos de los usuarios fueron analizados cada dos meses durante dos años. Lo que subrayan los algoritmos es algo que instintivamente sabemos: una pareja es la unión de dos mundos, no la uniformidad que los anula. **U**